

## 1. La escuela de la vida

Purificación Silva fue aprendiendo lo importante de la vida a base de muchos golpes. Es difícil encontrar personas que no hayan aprendido a vivir a base de golpes y si la persona es mujer los golpes son redoblados. Ya sabemos que no todas las mujeres los reciben por igual. Hay Puras que crecen entre algodones y aprenden de la vida estrategias, trucos y disimulos, a la par que muchas tonterías, hasta que se casan y entonces el conocimiento sufre una conmoción repentina. Purificación o Puri, como todos la llamaban, cuando llegó a esa edad de pensar, cosa que en las niñas se da temprano, y deciden si desean casarse o no, conocía bastante bien el material del que están hechos los hombres. Los conocía en abundancia y en sus mejores variedades groseras. En la propia familia tenía ejemplares donde mirar, así pues decidió que mejor no casarse.

Estando en su pueblo de Valdeprado y llevando las vacas a los pastos de la Reguera, que era uno de sus muchos trabajos, abusaron de ella tres mozos. Puri tenía entonces quince años. Lo hicieron los tres al alimón. Dos la sujetaban y el tercero obraba. Y así fueron pasando los tres por turno. Cuando acabaron su gloriosa faena le advirtieron que si se quejaba a alguien o contaba aquel encuentro con los tres, se atuviera a las consecuencias. Que le convenía guardar silencio y aguantarse, porque de lo contrario volverían. Algo peor se les podría ocurrir. Y Puri se calló. Los vio alejarse por el camino arriba que sube a Anllares. Se movían balanceándose como si estuvieran borrachos. Uno cantaba aquello de “el vino que tiene Asunción”. Los estuvo mirando hasta que se perdieron en una curva. Entonces reaccionó. Se miró. Estaba medio desvestida. Habían tirado sus bragas al río, pero se quedaron enganchadas en las ramas de un avellano. Le entró una inmensa rabia, respiró hondo. No tenía contra qué explotar, pero no perdió los nervios. Lo que le había pasado, mejor que no hubiera pasado, pero ya no tenía remedio. La imagen de aquellos tres borrachos subiendo por el camino no se le olvidó nunca.

Momentos después fue sintiendo el dolor de los golpes que le habían propinado. Se habían ensañado. La habían gritado palabras groseras

nunca oídas antes. Recordó todas esas palabras y la saliva que le escupían con ellas. Repuesta, pero aún tambaleante, se desnudó por entero. Ordenó un poco la ropa, observó los desgarros y trató de disimularlos. La colocó bien doblada sobre la hierba y se metió en una poza del río. Se lavó despacio y a conciencia. Le entró un temblor y no pudo contener el castañeteo de dientes. Caía la tarde y las sombras iban cubriendo la montaña. Pronto vendría la noche. Apuró con el ganado hasta casa, lo metió en la cuadra y se deslizó por las callejas buscando que nadie la viera. Llegó a casa de la señora Adelina y le pidió ayuda contándole que habían abusado de ella tres mozos. No dijo cuáles y la señora Adelina tampoco hizo preguntas. La mujer se centró en arreglar aquello, lo que urgía, pues si no se arreglaba podría volverse un problema mayor.

Vio algunas veces más por el pueblo a aquellos tres asquerosos; cuando ella pasaba, se ponían a silbar “el vino que tiene Asunción...”; guardó bien sus caras y no olvidó sus nombres.

Puri estaba entonces en esa edad indecisa en que los deseos se presentan confusos y alborotados. La chica notaba un impulso interior que le nacía y no podía frenar pero también le venían dudas por el temor a algo, el asco también de un contacto tan íntimo con hombres a los que no tenía ni aprecio ni respeto. De ellos solo había visto brutalidad y grosería.

Al día siguiente de este suceso tocaba bajar hasta Corbón, a las clases de doña Luz. Allí, junto a las cuadras, en la planta baja de la casona de La Monja, así llamaban a la dueña, se juntaban casi veinte niñas de varios pueblos. Doña Luz notó enseguida algo raro en la mirada de Puri. Más silenciosa que de costumbre, sus ojos se perdían duros en la nada.

—¿Puri, en qué estás pensando?

—En nada, profesora.

—En nada no, que te veo mirar de forma rara.

—Miro como siempre, profesora —y casi se echó a llorar.

—Pues hoy estás en Babia. A ver, hija, atiende un poco más al dictado.

Al salir de clase doña Luz le volvió a preguntarle.

—Puri, a ti te pasa algo.

—Pues no sé. Lo de siempre, profesora.

—No, no, a mí no me engañas. A ti te ha pasado algo que no quieres contar.

Y Puri bajó la cabeza.

—Bueno, si ahora no quieres contarlo, vale ;pero si ves que te preocupa, cuéntamelo. Te hará bien.

Puri, a partir de esta conversación y cuando regresaba a Valdeprado por el camino de las Nieves, pensó que sería bueno aprender a guardarse. Le preocupó que la gente pudiera pensar algo o adivinar por algún gesto de la cara y se puso a ensayar ante el espejo las miradas. Se prometió esquivar las sospechas.

Desde que aquellos tres la habían violado llevaba una navaja de mango de palo. La hoja mediana se abría y se recogía con un clic. No sabía bien si en caso de necesidad sabría usarla.

En aquellas montañas la vida aparentaba un ritmo lento. Las minas y el ferrocarril lo habían trastornado todo. Era verdad que allí dentro del valle es como si anidaran dos pueblos. El antiguo, guardado por las mujeres, se dedicaba como siempre al ganado y a las huertas. El nuevo, el de los hombres, bullía en las cantinas y soñaba con el dinero de las buenas pagas. Se sabía que meterse en la mina era medirse con el destino. El destino acababa ganando tarde o temprano. Tarde, pero no demasiado, con la silicosis. Temprano, por una explosión de grisú o un derrame. Pero el ansia del dinero inflaba la cabeza de todos. Se soñaban triunfos y quimeras y algunas mujeres también mecían los sueños de escapar río abajo, marchar carretera abajo, hacia la ciudad y sus brillos.

Puri se había criado medio pagana y apenas pisaba la iglesia. En sus cálculos no entraba la idea del pecado. La idea del daño sí, porque a ella le habían hecho daño. Los domingos, lo primero, antes que la misa, eran las vacas. En su familia, por mandato de su padre, que era minero, la misa se tenía como un descanso sobrante y una gollería. En estas cosas de religión el padre se plantó y prohibió tajante a los suyos cualquier arrimo a la iglesia.

Un día en que al cura se le ocurrió dar una caminata hasta las ruinas de la ermita, la que está subiendo al pico Miravalles, encontró a Puri y al mastín Rostro cuidando las vacas. Desde aquello de los tres mozos iba siempre con el mastín y la navaja, mango de palo y hoja mediana. El cura observó desde lejos a la niña que apuntaba hermosas formas. La miró con gusto y se acercó a ella, pero también vio al mastín de mirada fija y plantado como una estatua junta a la chica. El cura le preguntó de quién venía siendo y Puri dio razón de su familia. Pero, ante el cura, se puso en guardia dando señal al mastín.

—No te veo nunca por la iglesia y por eso tu cara se me despinta. Hablaré con tus padres para que te traigan y te preparamos para la primera comunión y la confirmación.

Puri se encogió de hombros y se apartó del cura arreando las vacas hacia el fondo del prado. El mastín Rostro se quedó un rato arriba, manteniendo quieto al cura.

Pero al cura no le dio tiempo a recoger aquella oveja descarriada porque en estas murió el padre, que llevaba varios años tocado del pulmón. El médico de la empresa escribió en el parte oficial: “Paro cardíaco por insuficiencia pulmonar. Pulmones afectados como consecuencia del tabaco”. Su madre quedó con una pequeña indemnización para el entierro, pero sin pensión de viudedad. Se fue a servir a casa del señor Pacios, tratante de ganado, para entonces ya retirado con un respetable capital. La mujer repartió los hijos como pudo entre varios parientes. Los chicos entraban como criados para las casas y en cuanto crecieran, irían a la mina como el padre o a la emigración. A Puri, por estar ya algo crecida y con buena presencia, la colocó en Villatemple, en casa de su cuñada Celsa que tenía una cantina junto a la estación.

Las chicas de la escuela de doña Luz montaron una fiesta de despedida. La maestra les hizo almendrados y ellas compraron una botella de anís. Hicieron palomitas y les dio por llorar no sabían qué ansias o ilusiones. Todas envidiaban a Puri la suerte que tenía por dejar el pueblo.

—Puri, saldrás por las calles a pasear y verás escaparates.

—Ay, Purita, te casarás con un chico educado y formal...

Elsita, que se las daba de experimentada, le dio avisos:

—No te arrimes al primero que se te presente. Espera a ver, como en la feria. Date primero una vuelta y calibra.

—¿Qué es eso de calibrar? —le preguntaron, y se echaron todas a reír una risa nerviosa.

—Cuando bajemos a Villatemple pasaremos por donde tu tía a verte.

Puri se callaba y aguantaba la emoción de la despedida. Tenía en el fondo de la cabeza un poquín de miedo, por lo que pudiera ser aquello de vivir en la ciudad. Así se lo confesó a la maestra doña Luz.

—Puri no digas poquín. Ya no vas a andar en madreñes. Tendrás que aprender a hablar. —le dijo doña Luz.

La víspera de marchar llevó el mastín a casa del señor Víctor y la señora Adelina. Sabía que allí lo iban a tratar bien. Serviría para estar en el corral y cuidar las ovejas. No daría mucho que hacer.

—Siempre que vuelva, vendré a verte —le dijo Puri al perro como si fuera una persona. Ella notó que el perro ponía cara de comprender y le

dio mucha pena. Nunca más lo volvería a ver. Cuando ya bajaba por el callejo de la Iglesia, como no le veía nadie, no pudo contener las lágrimas.

A finales de otoño, bajó en el tren correo a Villateple para trabajar y vivir con su tía Celsa —de cobrar un salario nadie había hablado—. La ciudad estaba metida en nieblas cerradas. La gente andaba con prisas, como escapando de aquel frío que se metía en los huesos. Puri llevaba un abrigo raído que le quedaba escaso. Cubría la cabeza con un pañuelo. Cuando comenzó a andar por el andén con su pequeña maleta y el pañuelo a la cabeza creía que todo el mundo la miraba por las pintas de pueblerina y le dio vergüenza. Se prometió cambiar de aspecto y hasta de forzar el acento para que no se le notara que venía de la montaña.

El recibimiento de la tía Celsa fue seco y de circunstancias. La tía era así, una mujer dura a la que nunca se le conoció ni risas ni sentimientos, excepto el de estar en guardia permanente y desconfiada.

—Tú vas a dormir aquí —fue lo primero que dijo, y le enseñó el cuarto oscuro. Ni siquiera se molestó en encender la bombilla para que viera el sitio. Como si no tuviera importancia. Un simple lugar para dormir. No era más que eso.

En casa de su tía se tenía que encargar de las faenas de limpieza, de la cocina y de cualquier otra cosa que tuvieran a bien mandarla. A veces bajaba a la cantina, a sustituirla, cuando la tía marchaba a hacer recados. Dormía en el cuarto oscuro sin ventana en un camastro que la tía llamaba la cama turca. Debajo de la cama, Puri guardaba su pequeña maleta sin deshacer. Quería tenerla siempre dispuesta por si necesitaba volver al pueblo. Durante dos años fue la idea que nunca se le iba de la cabeza porque aquella vida no era lo que ella se había imaginado. Algunas noches se le metía en el cuarto oscuro su primo Jesús, un golfo desatado que no había manera de aliviar de forma razonable. El primo se conformaba con poco, era muy ansioso y abusón y ella se temía lo peor.

Algunas veces la tía Celsa la mandaba al chalé de doña Pilar, la mujer del *Belga*, el ingeniero jefe de La Minero Siderúrgica.

—Tienes que servir de camarera en una cena de alto copete. No me dejes mal.

A Puri la vestían con una falda negra, blusa blanca y cofia, mandil blanco y zapatitos negros de medio tacón. Vestida así, se ponía a servir en una de aquellas cenas que el ingeniero belga daba a los invitados de alto copete, como decía la tía. Doña Pilar le había enseñado a servir la

mesa y atender con una sonrisa lo que los invitados pidieran.

Otras veces iba para cuidar a los niños de doña Pilar toda la tarde o incluso por la noche, quedándose a dormir, porque la señora y su marido tenían un compromiso fuera de casa.

—¿Estás contenta, Puri? —le decía doña Pilar, que era una señora muy educada y muy fina y sabía decir las cosas a la servidumbre sin grandezas.

Puri asentía bajando la cabeza, porque prefería con mucho estar en el chalé del *Belga* que en la cantina de los tíos, pero no se atrevía a decirlo.

Dos años llevaba Puri en casa de su tía con estos trabajos y, como le asqueaban las visitas nocturnas del primo y no sabía cómo sacudírselo de encima, pidió permiso a su tía Celsa para irse a trabajar al hotel Roma, donde había visto un anuncio solicitando “chica de la limpieza con buena presencia y educación”. Su tía Celsa vio con buenos ojos que se marchara, porque sospechaba de las visitas nocturnas.

Como lo que más temía en este mundo era el qué dirán, ya que estas cosas terminan siempre por divulgarse, la tía Celsa la dejó irse con mucho gusto. Pensó que la ausencia de Puri iba a ser buena para todos. Pero no le vino mucho a cuenta porque, con la marcha de su sobrina, a la tía Celsa el trabajo se le dobló y sobre todo sufrió enseguida las consecuencias de los trabajos nocturnos con su marido. Llegó a sospechar que también su marido Fermín había acudido al cuarto oscuro de Puri. En cuanto al hijo, observó que la tendencia a la golfería crecía de forma alarmante y en proporción disminuía el dinero del cajón de la cantina. Pero ya estaba hecho y tenía que conformarse con lo que había, apechugar con ello e ir disimulando, poniendo buena cara y meterse en la cabeza que ellos no habían nacido para ser remilgosos ni escrupulosos con ciertas cosas.